

Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir

Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir

Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir

Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir

Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir

Real  
Noir



Real  
Noir



Real  
Noir





# FUEGO SUICIDA



Juan Guinot

# FUEGO SUICIDA



Primera edición: febrero de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Guinot

ISBN: 979-13-990968-4-2

ISBN digital: 979-13-990968-5-9

Depósito legal: M-2924-2026

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

[info@realnoirediciones.com](mailto:info@realnoirediciones.com)

[www.realnoirediciones.com](http://www.realnoirediciones.com)

Impreso en España

*A los sueños de Modesto Martínez*

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*  
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,  
amantes incondicionales de la novela negra

Miedos básicos.  
Miedo a la pérdida.  
Miedo al ataque.  
ENRIQUE PICHÓN RIVIÈRE



## PRÓLOGO

El panorama de la novela negra, durante tanto tiempo restringido a estereotipos y códigos simétricos, afortunadamente se ramifica y crece, invadiendo o habitando otros géneros.

Y parece justo, además de necesario, ya que bajo el oscuro y vastísimo paraguas de la novela negra se han publicado en los últimos años todo tipo de libros, con el precepto más comercial que literario de que lo policíaco «vende».

Esta mercantilización del género suele dejar de lado uno de sus rasgos fundamentales: la crítica social, o mejor aún, la exposición de elementos que, tras ser analizados generan esa crítica.

Y si hay otro género literario en el cual la visión sobre la sociedad y su repercusión en los individuos es fundamental, es la ciencia ficción.

Por desgracia, demasiado a menudo, lo que hace veinte o treinta años se etiquetaba como distopía, suele quedarse corto ante la realidad actual. No es que la ciencia ficción anticipe lo que ocurrirá, es que quizás observa lo que ya está ocurriendo y realiza una proyección.

En todo caso, siempre es interesante leer una novela negra situada en un futuro cercano, en una sociedad que se parece a esta, pero con otros extremos a los que quizás lleguemos.

No hay demasiados ejemplos de esta fusión, pero en general da lugar a excelentes novelas, innovadoras, delirantes por

momentos, como delirante es la realidad, que cada día supera a cualquier producto de la imaginación.

Es el caso de esta novela de Juan Guinot, original y vertiginosa, que mereció el Premio Internacional Adarve Negra por decisión unánime del jurado.

No hay fecha para la sociedad que se narra en esta novela, pero mantiene la ambigüedad de estructuras propias de finales del siglo XX, combinadas con excesos cibernéticos y tecnológicos más propios del XXI.

La administración de justicia, que por una parte recurre a extremos como utilizar la ejecución instantánea mediante electrocución con las tobilleras metálicas de quien rompa un orden de alejamiento, mantiene en lo cotidiano las mismas rutinas polvorientas de siempre, con los jueces en lo alto de una pirámide, desde la que a menudo se miran y confabulan con otros poderes. Todo sigue exactamente igual en apariencia en las calles, pero puedes clonar a un ser querido en minutos a partir de la adquisición de máquinas que llegan al instante a tu puerta en cuanto las pides. Una tecnología barata y accesible, llena de letra pequeña que nadie lee cuando afirma los acuerdos... como ocurre también ahora.

Narrada en primera persona por un personaje aplastado por el sistema del que forma parte, hasta tal punto que es un funcionario de Justicia, gris y olvidable, el protagonista ha perdido a su familia tras un acto de violencia doméstica, y es a la vez un condenado con una orden de restricción respecto a su ex mujer y a su hijo.

Está en libertad aparente, ya que puede acudir a su trabajo todos los días siguiendo el mismo camino y regresar a su casa hasta que cumpla la condena.

Pero desde el principio se advierte que la condena es su propia vida, a la que está dispuesta a poner fin.

Es entonces cuando un cabello olvidado del hijo al que no podrá ver por mucho tiempo, le recuerda la posibilidad de clonarlo en secreto, tenerlo para sí.

Lo malo, o lo bueno para el aspecto más negro de esta trama, es que este sistema de clonación de bajo costo tiene numerosos fallos. Por ejemplo, que ese niño recién nacido sea al cabo de un par de días un adolescente, y que haya heredado no solo los sentimientos del padre, sino también la capacidad de leer sus pensamientos más oscuros y estar dispuesto a hacerlos realidad.

Con esta novela, Guinot realiza un aporte desenfadado y agudo al panorama *noir*, evadiendo los estereotipos y asomándose quizás al futuro de este género: las historias de las personas y cómo les afectan las exigencias de una sociedad que se ha tecnologizado al extremo, al mismo tiempo que se deshumaniza.

Este es un libro veloz, que no puedes dejar de leer hasta la última página, porque es imprevisible y al mismo tiempo cotidiano. Más que reflexionar sobre los abusos de la tecnología, al terminar se queda uno pensando que bajo un fino barniz de civilización, seguimos siendo poco más que cavernícolas afeitados.

CARLOS SALEM



El final le pide más drama, agregar un acto de hiper tragedia para marcar una nueva cota en la ola de mierda sobre la que barrena desde hace un año.

Para la representación, elige un 22 largo. Lo sacó del Juzgado. Se trata de un arma asesina, que privada de su libertad de matar, hibernaba en el armario de esas pruebas del homicidio que nadie reclama.

El arma tiene el caño oxidado y frío, y le llegó la hora de latir detonaciones, de recuperar el relato de la pólvora.

Compone la escena con candor y cuidado de los detalles; debe generar el lugar y el vínculo: actor y objeto conectan energía cuando la culata es envuelta por la palma de la mano derecha.

Se sienta sobre la camita y media faz del culo se hunde en el acolchado de *Star Wars*. La botamanga del pantalón se levanta y queda al descubierto el tobillo derecho, donde está la pulsera de cromo. La mira, arruga el pellejo de la nariz y frunce el ceño.

Sabe que esa cinta metálica, enrollada al tobillo, contacta a la pantalla de Ejecución. Al otro lado de esa pantalla, los ojos del verdugo de Exclusión Personal (a muchas cuadras de su casa) relamen insomnio. El verdugo recién podrá conciliar el sueño cuando le dé la excusa para presionar el botón, activar

la descarga letal de electricidad y mandarlo al otro mundo. Sabe que eso nunca pasará si se mantiene a más de quinientos metros de su ex y Guille, su hijo.

La pena que purga no le impide ir al trabajo. Fue un acto piadoso del juez, una excepción que le hicieron por ser empleado de la Justicia. De hecho, es lo único que puede hacer. El trayecto de casa al Juzgado y del Juzgado a casa, de repetido y caminado, se convirtió en la fosa común de sus desaciertos.

Proyectarse así, el resto de la vida, no le interesa. Entiende que no tiene sentido vivir si tan solo es para trabajar en la mesa de entradas de un Juzgado. Coser expedientes, detectar una foja, sellar presentaciones y recibir la bandeja de café para su Señoría no lo completan, si al otro lado del mostrador, la realidad viene sin Guille.

La certeza de no verlo más en la vida, lo llevó a tomar la decisión que venía postergando. Demora en ejecutarla, quiere hacer algo que deje en la memoria de Guille un tatuaje cerebral que supere otras imágenes fuertes.

Sabe que el desafío es grande, debe ahogar el fuego con más fuego. Es que, dentro del cerebro de Guille, entre otros momentos memorables, está el gancho al hígado que él le colocó a su ex en la puerta del otrora «nidito de amor», «el hogar para toda vida», ««los cimientos de la institución Familia», «la bendición celestial del sacramento del matrimonio».

Sabe que Guille guarda en la memoria a su mamá escupiendo en la cara al padre tras discutir porque fue devuelto por su padre cinco minutos más tarde del horario acordado el día que los abogados sellaron el acuerdo de divorcio.

Aquel día, Guille sostenía un helado de vainilla en la mano izquierda, mientras que con la derecha, tallaba entre los contrincantes, jugándola de juez de boxeo. Esa tardecita entendió

algo: estar en el medio, cuanto menos, te saca de cuajo un colmillo de leche.

El chico, con la boca llena de sangre, la barba candado de vainilla y las orejas abombadas por el ruido de las piñas que se comía la madre, entró en estado de *knockout* sin besar la lona.

Con este antecedente, considera, que si quiere dejarle en mensaje póstumo, será clave la contundencia del medio. Por eso eligió que lo hará en la habitación que Guille usaba el sábado, único día de la semana en que le tocaba recibirlo para «no perder el vínculo padre-hijo».

Apoya el caño frío sobre la sien derecha.

Respira profundo por la nariz, el oxígeno frío inicia un último recorrido por los bronquios y saca dióxido de carbono ardiente por la boca.

Presiona los molares.

La yema del dedo índice derecho palpa el gatillo. Se detiene. Vuelve a respirar con normalidad, porque lo asalta una repentina instancia de cavilaciones: cree que debe agregar un detalle sobresaliente a la escena que está montando.

Recorre con la mirada el cuarto de Guille. Clava la vista en el hipopótamo azul, recuerda que era su muñequito preferido con todos los atributos de objeto transicional.

El hipopótamo azul está sentado sobre la mesa de luz, al lado del velador-cohete.

Estira el brazo izquierdo, manotea el muñeco, lo apoya contra la sien derecha y hunde el caño de la 22 largo en la panzota azul del hipopótamo.

Mete por la nariz la que, por fin, será su última calada de oxígeno, lo retiene en los pulmones y decide que, al exhalar, contará hasta cuatro, la edad de Guille, para presionar el gatillo. Cuenta hasta tres, hace una pausa, lo distrae un pelo rubio

que brota de la boca del hipopótamo, retoma la cuenta, dice cuatro y un ruido atronador, que sucede adentro y no sabe si es adentro de él o de su casa. Se convence que lo hizo la silla del living, que es de caerse cuando deja de leer la revista *Nippur*. Rememorar la lectura de la *Nippur* le devuelve la atención al pelo, por algo que vio en una propaganda de la revista. No esa del regado capilar que promete una selva enmarañada de cabellos para una cabeza salvaje. Se acuerda de otra, una que vendía los atributos de la máquina de clonación.

Baja el brazo con la pistola, aleja de los ojos al muñeco los centímetros necesarios para que la presbicia le permita ver con claridad el rizo dorado de su pequeño Guille.

Muerde las pestañas, le tiemblan los labios, lo recuerda, hace un año, dormido y con la cabeza hundida en el hipopótamo, los cabellos rubios derramados sobre la tela azul del muñeco.

Suspira y el aire que manda despega el pelo de la boca de tela del muñeco. Abre y cierra la palma derecha, que viene ocupada por la culata de la 22 largo, y caza al pelo en plena caída. Revolea al hipopótamo azul, que rueda sobre el parquet plastificado hasta que colisiona con el zócalo y queda sentado, mirándolo. Con la pinza de dedos índice y pulgar, retira el rizo rubio de la palma derecha. Apoya la pistola sobre el acolchado de *Star Wars*, más precisamente, sobre la cara de Yoda. Acerca la mano izquierda a sus ojos. Sin dejar de mirar el pelo rubio, se pone de pie.

La luz del velador-cohete le baña media cara. El eclipse se replica adentro del cráneo, se le activa el lado no oscuro del cerebro.

Sale corriendo del cuarto de Guille. Va a la cajonera del living, saca la tablet, la enciende. Con el dedo índice derecho

ejecuta el revistero, orejea las tapas de las *Nippur*, se mete en el último número, lo abre, pasa las hojas y da con la propaganda:

HAGA SU CLON.

UN PELO BASTA PARA CREAR VIDA.

POR 100,000, RECIBIRÁ EL KIT PARA DAR VIDA  
AL SER DE SUS SUEÑOS.

La piel de la yema del dedo no titubea sobre la pantalla táctil. La compra se confirma. Ni bien apaga el lector digital, suena el timbre.

De camino a la puerta, choca contra la silla que está tirada en medio del living. «Silla de mierda, la tengo que poner en un lugar donde no joda», dice.

Retoma la marcha. Llega a la puerta. Saca el cerrojo, da dos vueltas de la llave puesta en el tambor, manotea el picaporte, lo gira, tira la puerta hacia él, el corazón le late hasta en la punta de la lengua.

Traga saliva, se agacha, levanta la caja, la aprieta contra el pecho, cierra la puerta de una patada.

Va a la mesa con la caja aupada entre los brazos sin descuidar la pinza de los dedos de la mano izquierda que sujeta el pelo rubio.

Despega la cinta de embalar, abre las tapas de cartón y saca la máquina. La estudia unos segundos y decide seguir la indicación de una flecha: levanta una tapa y aparece un vidrio. Apoya el pelo, baja la tapa, presiona el botón de encendido. No pasa nada. Se enfurece, piensa en escribirle para reclamarles, agarra la tablet y del enojo pasa a reírse de él porque ve sobre la mesa el cable que sale de la máquina y que tenía en la punta un enchufe que no conectó a la toma de electricidad.

Desconecta el velador de pie que le quedó como único recuerdo de los regalos del casamiento, enchufa la máquina, va a la mesa, presiona el botón y del aparato mana un silbido, la máquina se sacude, suena a destartale.

Da un paso atrás, preocupado porque eso le estalle en la cara, esa misma cara que, hace cinco minutos, pensaba deformar de un disparo.

Saltan remaches, pedazos de plástico.

Silencio.

La máquina se abre como un repollo de chapa y queda, delante de sus ojos, un bebé, de pelo lacio y rubio, igualito a Guille.

El retoño berrea, larga por el culo un chorro de meconio, los pedazos de la máquina se manchan de la sustancia del color del petróleo y él va a abrazarlo, a ensuciarse la ropa con la mierda primigenia, a renacer en ese contacto, a reencontrarse con la vida, porque los pibes, siempre lo dijo, son el único sentido de la existencia.

Sumido en un llanto, desde las cuerdas vocales empastadas por los mocos, dice: «te llamarás William».

El bebé articula los labios, abre la boquita, hunde el mentón en la piel arrugada del cuello del papá, de la boca salen chasquidos, algo pastosos.

Lo acomoda entre los brazos, lo mira, está por decirle que ya le dará leche. Recuerda tener un cartón abierto, pero no sabe desde cuándo está abierto, no puede darle leche vencida. Se pone loco, no sabe qué hacer, no puede salir a comprar y dejar a solo en casa al recién nacido.

Y el bebé, William, resuelve el entuerto paterno con un llanto grave, desconsolado, a boca abierta, que le permite darse cuenta de que su hijo tiene dientes filosos.